



**Llamamiento
del Sr. Amadou-Mahtar M'Bow
Director General
de la Unesco**

**EN FAVOR DE
LA CAMPAÑA INTERNACIONAL
DE SALVAGUARDIA
DE LA PLAZA VIEJA
DE LA CIUDAD DE LA HABANA**



CAMPAÑA INTERNACIONAL DE SALVAGUARDIA DE LA PLAZA VIEJA DE LA CIUDAD DE LA HABANA

El 28 de octubre de 1492, Cristóbal Colón desembarca en Cuba, la mayor de las islas de las Antillas, y queda deslumbrado por lo que le parece la tierra más hermosa que ojos humanos hayan visto. Describe con elocuencia su playa, con miles de conchas nacaradas; el agua límpida, la sinfonía asombrosa del canto de los pájaros. La situación geográfica privilegiada de Cuba, que sus aguas poco profundas y sus riberas hospitalarias hacen propicia al anclaje de navíos, marcará desde entonces su destino. Su historia se irá uniendo cada vez más íntimamente a la del continente americano y por ende, a la de Europa y de Africa.

En los albores del siglo XVI, Diego Velázquez y un centenar de hombres fundan allí una serie de ciudades: Baracoa, Bayamo, Santiago, Puerto Príncipe, Sancti Spíritus, Trinidad, y, por fin, suntuosamente adornada por una bahía natural, San Cristóbal de La Habana, que se convierte rápidamente en

el puerto más grande y mejor protegido de la región. Principal astillero de España en el continente americano, La Habana sería escala obligada de las grandes travesías entre el Viejo y el Nuevo Mundo.

Y así, forja un crisol excepcional donde se encuentran, se mezclan y fusionan gradualmente los aportes culturales, los derroteros intelectuales, los modos de expresión artística de poblaciones indígenas, africanas, españolas y mestizas, que darán cuerpo, poco a poco, a la identidad, tan original, de la nación cubana.

Fortificada desde su fundación para resistir los ataques con que se veía amenazada, La Habana, durante cuatro siglos, no deja de ensanchar sus límites. Su fisionomía llevará la impronta de sus múltiples vocaciones -militar, religiosa, administrativa y comercial- tal como lo testimonian la Plaza de Armas, la Plaza de San Francisco, la Plaza del Cristo, la de la Catedral y la Plaza Vieja. Iglesias y conventos,

palacios y mansiones señoriales forman un conjunto en el que la armonía de las formas, el esplendor de los colores y la osadía de la arquitectura producen un encanto singular. Aquí, las arcadas de Sevilla se abren en palmeras; los enrejados de las ventanas castellanas se adornan con volutas y lazos; los balcones de hierro forjado y los pórticos de columnas alternan con las galerías de madera tallada de las islas.

Con la Plaza Vieja aparece un espacio de un tipo nuevo en América Latina, un espacio consagrado, por excelencia, a la vida social. Concebida como lugar privilegiado de encuentro e intercambio, la plaza es el verdadero foro de la ciudad hasta el siglo XIX. Es allí, en efecto, donde palpita la vida de la comunidad.

Fruto de la primera tentativa de planificación urbana en esta región del mundo, combina diferentes estilos -barroco, neoclásico, «art nouveau»- en una composición auténticamente cubana. Está bordeada de viviendas y comercios que brillan bajo el sol de los trópicos; un sol cuyos ardores fulgurantes son atemperados por el arco de «medio punto» que corona la famosa puerta interior cubana, «intérprete entre el sol y el hombre».

La Plaza Vieja resulta así una de las obras de arquitectura más representativas de la síntesis nacida del encuentro de muchas culturas bajo el sol de las Antillas: testimonio esplendoroso de la identidad creadora de la nación cubana. Por eso, el Gobierno cubano, en 1976, la declaró Monumento Nacional con el conjunto de La Habana Vieja. En 1982, el Comité Intergubernamental creado en el marco de la Convención para la Protección del Patrimonio Mundial Cultural y Natural, adoptada por la Unesco, reconociendo el valor excepcional del centro histórico de La Habana Vieja y de su sistema de fortificaciones, decidió inscribirla en la Lista del Patrimonio Mundial, al igual que otros numerosos lugares del mundo, nacidos del genio creador del hombre o tocados por la gracia de la naturaleza.

Ahora bien, la Plaza Vieja ha sufrido, desde el comienzo del siglo pasado, una serie de transformaciones que han provocado su degradación progresiva. Ya en 1814, la instala-

ción del mercado de Cristina había empezado a perturbar la función tradicional de la Plaza. A principios de nuestro siglo, ésta fue transformada en jardín público, y después, en 1952 excavada para dar lugar a un aparcamiento subterráneo.

Además, ha sido desfigurada por nuevas construcciones mal integradas a su conjunto; por sustituciones de materiales que fueron alterando la homogeneidad de sus edificios; y por último, por un deterioro general debido a la fuerte densidad de su población y a un mantenimiento que resulta insuficiente para frenar los efectos de la humedad.

Y así, se halla hoy en peligro la propia existencia del centro histórico que la Plaza Vieja contribuyó a crear y del cual constituye el máspreciado florón.

Conscientes de los peligros que pesan sobre uno de los testimonios más significativos de su patrimonio cultural e histórico, las autoridades cubanas se propusieron, hace casi diez años, restaurar, rehabilitar y proteger la Plaza Vieja, como elemento central de una operación mucho más amplia: la de la salvaguardia sistemática de la vieja ciudad.

Teniendo en cuenta las múltiples exigencias a que ha de atender actualmente el país, esta voluntad de afirmación cultural honra al Gobierno cubano. Constituye un acto de fe en el destino de su pueblo, cuyo futuro reposa tanto en la posibilidad de dominar de modo acelerado las ciencias y las técnicas modernas, como en el rescate creativo de su herencia histórica y cultural.

Es así como, estableciendo medidas legislativas de protección del patrimonio cultural en primer lugar, y luego, decretando un plan rector de restauración del centro histórico, el Gobierno cubano realiza una vasta campaña de sensibilización, de movilización de voluntades y de capacidades, con el fin de suscitar la más amplia participación popular en la obra de rehabilitación emprendida. Se esfuerza así no sólo en asegurar la salvación de los edificios, sino también en ampliar y renovar sus funciones originales, tratando de adaptarlas a las necesidades actuales y futuras de sus habitantes. Con este espíritu se han realizado ya con

éxito, diversas obras de restauración, entre las que cabe destacar la de la Casa de los Condes de Jaruco, terminada en 1980 y que actualmente alberga al Fondo Cubano de Bienes Culturales.

A petición de las autoridades cubanas y en cooperación con el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, la Unesco presta su ayuda desde hace varios años para la preparación y ejecución de los proyectos destinados a rehabilitar la Plaza Vieja.

Sin embargo, la amplitud de las tareas que quedan por realizar y la cuantía de los medios que es preciso poner al servicio de tan loable finalidad, exigen sin duda la solidaridad activa de toda la comunidad internacional.

Por esta razón, respondiendo a una solicitud del Gobierno cubano, la Conferencia General de la Unesco, reunida en 1980 en Belgrado, durante su 20.^a reunión, me autorizó a tomar las medidas necesarias para el lanzamiento de una campaña internacional de salvaguardia de la Plaza Vieja.

En consecuencia, en nombre de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura, dirijo hoy un llamamiento a la comunidad mundial.

Invito a los Estados Miembros de la Unesco, organizaciones intergubernamentales y no gubernamentales, instituciones públicas y privadas, fundaciones, particulares, artistas y poetas, historiadores y educadores a aportar con generosidad sus contribuciones en dinero,

en materiales o en servicios para la gran tarea que emprende el Gobierno de la República de Cuba.

Este año en que se celebra el bicentenario del nacimiento de Simón Bolívar y se prepara la conmemoración del quinto centenario del desembarco de Cristóbal Colón en el Nuevo Mundo, La Habana Vieja se muestra como un compendio de todas las ciudades nuevas que jalonan la epopeya de América, como un ejemplo privilegiado de las esplendorosas síntesis intelectuales, artísticas y arquitectónicas alumbradas en todo el continente por tantos y tan hermanados destinos.

Por eso, junto al pueblo cubano, América entera hace suyo el proyecto de salvaguardia de la Plaza Vieja, que ha de restituírle un símbolo irremplazable de su itinerario histórico. Y, más allá de América, todos los pueblos del mundo, al solidarizarse para salvar esta parte integrante de su herencia común, cobrarán una mayor conciencia de que sus rutas se entrecruzan, a través de océanos y mares, y dan fe de una sola y única historia: la de la humanidad.

Al darse la mano para salvar la Plaza Vieja, como lo han hecho ya en favor de tantos sitios prestigiosos, los hombres de todas las latitudes abrirán el camino hacia un mundo más unido, en el que las obras surgidas del genio creador de cada pueblo serán percibidas por los demás como aportes irremplazables puestos al servicio del bienestar de la raza humana.

A. M. M' Bow

Amadou-Mahtar M'Bow

La Habana, 19 de Julio de 1983
